

su hermano luego que entró se echó sobre él, y le dió de puñaladas. Digno fin de un príncipe, cuyo nombre no se puede pronunciar todavía sin horror (a).

ARTÍCULO III.

Desavenencias de Bonifacio VIII. y de Felipe el Hermoso. Fin de estas desavenencias en el pontificado de Clemente V.

Las desavenencias que se suscitaron entre Bonifacio VIII., sucesor del santo pontífice Celestino V., y el rey de Francia Felipe el Hermoso, son unos sucesos famosos, ó por mejor decir, uno de los mayores escándalos de este siglo. Dos fueron las causas de estas funestas desavenencias, en que Roma manifestó poca moderacion y vanas amenazas entre tanto que la Francia le contraponía entereza y razones. Por parte de Felipe, su alianza con el emperador Alberto de Austria, á quien no queria reconocer el papa, y un impuesto que habia cargado á los eclesiásticos por las urgencias del estado, habian indispuerto á Bonifacio contra él; y por parte de este pontífice, la ereccion del obispado de Pamiers hecha sin consentimiento del rey, y el nuevo título episcopal conferido á Bernardo Saisset, que se habia ya hecho sospechoso con sus desvíos y por su poca moderacion, habian ofendido al monarca frances, príncipe de una índole orgullosa y absoluta, que no estaba en ánimo de sufrir que un soberano extrangero viniese á darle la ley en su reyno, mucho ménos un papa, que no se contaba aun entre los soberanos.

Dos sugetos preocupados de este modo uno contra el otro, y ambos igualmente zelosos de su autoridad, no podian ménos de llevar las cosas al extremo, luego que hubiesen hecho y recibido las primeras ofensas. Felipe no ignoraba, en quanto las preocupaciones del tiempo se lo permitian saber, lo que se le debia como á monarca y rey de Francia, y conocía en sí bastante elevacion en su entendimiento, y bastante constancia en su genio para de-

(a) Aunque estos hechos constan de la crónica de Don Pedro Lopez de Ayala, no falta quien la mire como parcial, teniendo por mas verídica la de Don Juan de Castro, obispo de Jaen, en que se suponen executados con justicia; de lo qual hablaremos mas adelante.

fender y mantener sus derechos. Bonifacio, imbuido en todas las falsas máximas que habian introducido y acreditado sus antecesores, las llevó en la execucion mas al cabo que ninguno de ellos, porque fué todavía mas resuelto en sus empresas, y cuidó ménos de las resultas que podian tener. Su espíritu fuerte y su humor impetuoso no le permitian reflexionar sobre los procederes á que se arrojaba, y todavía ménos poner los medios que hubieran podido reparar el mal que habia causado. Poco flexible por naturaleza, y aun por conviccion, se vió en manos de sus enemigos, y para recibir el golpe de la muerte, sin ceder nada de su entereza. Parece que jamas le ocupó lo que habian de pensar de él quando ya no existiese; y esta serenidad de alma que conservó en las coyunturas mas violentas, nos mueve á creer, que obraba como si estuviese persuadido que su obligacion exigía de él este rigor, de que jamas se desprendió. Si fué así, como debemos pensar, se le debe tener lástima de que se hubiese imbuido con tanta tenacidad en unos principios falsos y perjudiciales que lo extraviaron; pero mas lástima aun se debe tener á la Francia, en donde excitó tan grandes disturbios, y á la Iglesia cuya autoridad comprometió, atribuyéndose tal vez mas de la que tenia.

Apénas hubo sabido este pontífice que Felipe el Hermoso queria sujetar á los eclesiásticos de su reyno á llevar una parte de las cargas del estado, á proporcion de la hacienda que tenian, quando se juzgó obligado á vengar la honra é inmunidades del clero, contra las cuales se imaginó que conspiraba el rey. Esta idea, que no se tomó Bonifacio el trabajo de examinar, fué el origen de todo quanto hizo en adelante, para reducir, como él decia, á Felipe á la obediencia que debia á la Iglesia; y á él que era su cabeza, y por quien exercia la plenitud de su poder. La bula *Clericis Laicos*, y todos los racionios que el pontífice habia esparcido en ella, con una lógica y estilo dignos de su siglo, estribaban en este fundamento.

No se contuvo en esto Bonifacio, sino como si hubiese querido probar á Felipe, le envió en calidad de legado al mismo Bernardo Saisset, obispo de Pamiers, de quien ya tenia el rey tantos motivos para estar disgustado; genio fogoso y alborotador, que trabajaba en inspirar el espíritu de sedicion á los señores de este distrito. Felipe,

justamente irritado de ver que un prelado de su reyno se hubiese atrevido á encargarse de semejante comision, y á tomar por empeño el ejecutarla, hizo prender á Saisset, y llevarlo á su metropolitano el arzobispo de Narbona, encargado de formarle su causa con arreglo á las leyes canónicas, para entregarlo despues al brazo seglar, y castigarlo como rebelde á su rey.

Este modo de portarse con tanta entereza no era á propósito para sosegar á Bonifacio, que se miró como ultrajado en la persona de su legado. Para rechazar lo que él llamaba un insulto sangriento, dirigió al rey la bula *Ausculta fili*, en donde no usaba de comedimiento, ni en las cosas ni en las expresiones. En ella decia á este príncipe como si fuese una de aquellas verdades incontestables, que nadie se atreve á poner en duda que le estaba sujeto en el orden temporal tanto como en el espiritual; que le debia dar cuenta del uso que hacia de su poder, y que tenia en él un superior establecido por Dios para castigarlo. Concluía mandando á los prelados y demas eclesiásticos del reyno que pasasen á Roma, para acordar con él lo que se debia hacer en las circunstancias presentes. Felipe se irritó sobre manera al leer esta bula: hízola quemar, como un escrito injurioso á su persona y á su dignidad. La execucion se publicó en París á son de trompeta, para que llegase á noticia de todos á un mismo tiempo, así el ultraje hecho al rey, como el modo con que habia empezado á vengarse de él. Habiéndose juntado el parlamento, habló en él el chanciller Pedro Flotte de las intentonas del papa, y de la injusticia manifiesta de sus pretensiones, con una vehemencia que hizo impresion en todos los ánimos. Al mismo tiempo prohibió el rey á los eclesiásticos ir á Roma, pena de embargo de sus temporalidades.

Sin embargo, Bonifacio, mas enconado que nunca, celebró su concilio en Roma, en el que se publicó la famosa bula *Unam Sanctam*. Todavía no se habia visto escrito, por un lado mas extraño, y por otro mas claro, sobre las falsas pretensiones de la corte romana. Bonifacio declaraba en ella sin rebozo que las dos potestades figuradas por las dos espadas, de que se habla en el Evangelio, se han confiado á la Iglesia, esto es, al papa; porque se habia llegado á términos, no solo de no distinguir ya la cabeza de lo demas del cuerpo, y á reconcentrar en el pa-

pa toda la autoridad que la Iglesia recibió de J. C. para gobernarse y perpetuarse, sino tambien de atribuirle, como tambien á la Iglesia, una autoridad que jamas ha pertenecido ni á uno ni á otro, la autoridad directa ó indirecta sobre lo temporal de los reyes. De ahí concluía Bonifacio, que todos los soberanos le estaban sujetos y subordinados; que tenia derecho para exâminar su conducta; reprehenderlos y castigarlos, y que su autoridad sobre ellos se extendia hasta privarlos de sus estados, siempre que los juzgase indignos de reynar.

Una bula en que se sentaban semejantes máximas, no podia ménos de excitar en Francia grandes quejas. Los ánimos estaban en una disposicion, que no anunciaban otra cosa que exâsperacion y excesos. Nada se podia ver ni hacer á sangre fria. El papa escribia al rey las cosas mas duras y mas injuriosas: el rey por su parte respondia al papa con baldones sangrientos y términos ofensivos. Olvidábanse igualmente de lo que se debian uno á otro, y todavia mas de lo que se debian á sí mismos. Felipe, excomulgado por Bonifacio, apeló al concilio futuro de todos los autos dados contra él por este pontífice. Todas las clases del estado se pusieron de parte del soberano; obispos, cabildos, universidades, cuerpos religiosos, y aun los mendicantes se adhirieron á su apelacion: verdad es que entre estos últimos, hubo algunos que pusieron varias excepciones á sus escritos de adhesion; pero estas modificaciones se deben mirar como efecto de las preocupaciones que reynaban entónces, y cuya influencia duró todavia mucho tiempo.

En este intermedio Guillermo de Nogaret, caballero Gascon, lleno de zelo por la honra é intereses de su rey, halló medio de pasar á Italia, acompañado de Sciarra Colona, y de penetrar con una tropa de gente escogida hasta la ciudad de Anagnia, en donde estaba el papa, sin que nadie tuviese noticia de su marcha. Los moradores de Anagnia cogidos de improviso, no hicieron ninguna resistencia. Bonifacio fué preso en su palacio, en donde se halló casi solo, porque toda su corte sobreco-gida de miedo lo habia abandonado. Nogaret le declaró que tenia orden de llevarlo al concilio, que habia de decidir entre Felipe y él. Colona, que estaba muy sentido del mal que Bonifacio habia causado á su familia, se

acercó furioso, tanto que llegó á darle en el rostro, y aun quizá lo hubiera muerto, si Nogaret no hubiese moderado su furia. Bonifacio tuvo por cierta su muerte; y sin desmentir su carácter, mostró una constancia é intrepidez, que solo inspira á las almas fuertes la presencia del peligro. Tomó sin alterarse las insignias de su dignidad; y subiendo á su trono: muramos, dixo, muramos como pontífice, ya que somos vendidos.

En tanto que todo esto pasaba, vueltos de su primer sorpresa los moradores de Anagnia, y avergonzados de haber desamparado tan cobardemente al papa su compatriota, acudieron á las armas para defenderlo. Como habian tenido tiempo de asegurarse de que los franceses eran en corto número, y de que no llegaban otros para sostener á los primeros, dieron sobre ellos, y los echaron de sus murallas. Libre Bonifacio del riesgo que le habia amenazado, se partió inmediatamente para Roma, en donde murió á pocos dias de haber llegado. Es probable que el resentimiento de los ultrajes que acababa de padecer, y la pesadumbre de ver malogrados sus desigñios, apresuraron el fin de sus dias, porque no tenia edad de que no se pudiese esperar mas larga carrera.

El cardenal Nicolao Bacosin, que le sucedió con el nombre de Benedicto XI, dió esperanzas de tiempos mas sosegados. Nacido en un estado obscuro, su sabiduría y virtudes lo habian ensalzado á la cátedra pontificia. Piadoso, comedido, amigo de la paz, el deseo de su corazon era restablecer en la Iglesia la concordia y union, que de ella habia desterrado el ansia de dominar. Desde luego puso la mira en Francia, que estaba mas agitada que ninguna otra porcion del cuerpo christiano. La poca docilidad y precipitacion de Bonifacio lo habian enredado todo; la prudencia y moderacion de Benedicto le hicieron tomar las medidas convenientes para repararlo todo. Recibió con las mayores muestras de estimacion y de agasajo á los embaxadores que le envió Felipe el Hermoso, para darle el parabien por su exáltacion; revocó propio motu, y sin preceder ninguna instancia por parte de este príncipe, la excomunion que el papa anterior habia fulminado contra él; por último, restituyó el reyno al estado en que se hallaba antes que se moviesen las desavenencias; y aun hubiera hecho mucho mas para el restable-

cimiento del buen orden y de la armonía, si no hubiese sido tan corto su pontificado. No se dexó de sospechar de algunos cardenales, que habian abreviado sus dias dándole veneno. El contraste de sus virtudes y de su vida austera con las costumbres licenciosas de ellos, les daba sin duda motivo para temer que intentase reducirlos á su deber; pero esto no basta para acusarlos de un delito tan horrendo.

La mala inteligencia que reynaba ya entre los cardenales, se aumentó todavia mas despues de muerto Benedicto XI., y pasó cerca de un año ántes que pudiesen ponerse de acuerdo sobre la eleccion de su sucesor. En dos parcialidades estaba dividido el cónclave: la una queria un papa favorable á la memoria de Benedicto VIII., y la otra deseaba quien se interesase en los asuntos del rey de Francia. Despues de muchos debates se convinieron ambos partidos en que el uno propusiese tres prelados franceses, capaces de gobernar la Iglesia con prudencia, y que el otro escogeria entre estos tres sugetos el que habia de ser ensalzado al trono pontificio. Beltran de Goth, arzobispo de Burdeos, uno de los tres candidatos propuestos por la parcialidad francesa, fué preferido por los cardenales afectos á la memoria de Bonifacio, porque siendo este prelado vasallo del rey de Inglaterra duque de Guiena, lo creyeron mejor dispuesto que los otros dos para portarse segun sus ideas. Villani, historiador de Florencia, á quien siguen varios AA. contemporáneos y algunos modernos, añade á esta relacion circunstancias que desmienten las escrituras auténticas y el testimonio de los escritores, que han tenido mas proporcion que él para enterarse de la verdad. Así que creemos deber contar entre las fábulas el pretendido ajuste hecho entre Felipe el Hermoso y el arzobispo de Burdeos, y las condiciones á que este subscribió para ensalzarse al pontificado.

Sea como fuere, Clemente V. (que este es el nombre que tomó el nuevo papa), se mostró tan favorable al rey de Francia, y tan dispuesto á satisfacerlo en todo, que los cardenales opuestos á este príncipe se arrepintieron de haberlo elegido. Su primera diligencia fué introducir en el sacro colegio un crecido número de franceses para hacerse dueño de los votos; despues declaró que la

bula *Unam Sanctam* no podria traer conseqüencia ni hacer en adelante el reyno de Francia mas dependiente de la santa Sede, que lo habia estado hasta entónces; pero no alcanzaba esto todavía para mitigar el resentimiento de Felipe. Quería que el papa procediese contra Bonifacio VIII., y obscureciese su memoria; pero Clemente V. que procuraba complacer al rey, sin concederle sin embargo todo lo que pedia, iba dilatando la cosa, con la esperanza de que el príncipe irritado se aplacaria, y que se hallaria modo de apaciguarlo sin comprometer la honra de la santa Sede. Con este fin remitió el papa á exámen los autos de Bonifacio y las quejas de Felipe al concilio que señaló para la ciudad de Viena en el delfinado. Así pues hasta el año 1312 no se concluyeron de todo punto estas largas y reñidas desavenencias. El concilio revocó la bula *Laticis Clericos*, y anuló todos los actos posteriores, que habia multiplicado Bonifacio con tan poco comedimiento contra Felipe y su reyno, pero en quanto á la memoria de este pontífice, nada se pronunció contra ella; ántes por lo contrario despues de exáminadas con madurez las pruebas alegadas por los que le acusaban de heregía, declaró el concilio que no habia dicho ni hecho nada, que pudiese hacerlo sospechoso de haber errado en la fe. Esta decision del concilio de Viena es una prueba irrefragable del derecho que tiene la Iglesia á citar á los papas á su tribunal y juzgarlos.

ARTICULO IV.

Asunto de los templarios. Sentencia pronunciada contra ellos en el concilio general de Viena.

Tambien es uno de los sucesos memorables de este siglo la extincion de la célebre y poderosa orden de los templarios. Estos religiosos militares habian adquirido inmensas riquezas, y alcanzado de los papas una infinidad de privilegios, que los exímian de qualquiera otra autoridad, que no fuese la de la santa Sede. Ya hemos visto que á poco tiempo de su fundacion los patriarcas de Jerusalem y los otros prelados de las iglesias latinas de Oriente, habian dado contra ellos grandes quejas á los sumos

pontífices. Desde entónces se les acusaba de llevar una vida poco arreglada, de escandalizar á los infieles con costumbres disolutas, de vexar á los christianos y á las iglesias que debian defender, de faltar á la fe de los tratados, aun quando hubiese intervenido la religion del juramento de no dar oídos á ninguna representacion, y de menospreciar la voz de los pastores, que los amonestaban con caridad.

El mal no hacia mas que empeorarse con el tiempo; porque el orgullo y la delicadeza, que son compañeros ordinarios de la opulencia, habian de introducir por necesidad mucha corrupcion y grandes desórdenes entre unos hombres que tenian todas las obligaciones del estado religioso, y que viviendo en libertad en medio del mundo, casi no podian evitar sus peligros, ni dexar de imitar sus costumbres. No puede dudarse que viviesen en libertinaje, y que se entregasen á mesas excesivas, que son verdaderos desórdenes en unos sugetos consagrados con votos solemnes al servicio de la religion; pero ¿eran acaso reos de las prácticas impias, y de las impurezas abominables de que se les acusaba? Este es aun para ciertos críticos de nuestros dias uno de aquellos problemas históricos que quieren hacer pasar por inciertos. Propónense dudas, se acumulan conjeturas y probabilidades para justificar á estos religiosos, que ya se habian hecho reprehensibles desde la época de su fundacion. La causa de su destruccion juzgan hallarla en el genio vengativo de Felipe el Hermoso, á quien dicen que habian ofendido; y en sus riquezas, de que queria apoderarse este príncipe, para reparar el apuro de su erario. ¿Pero no seria por ventura mas justo, y mas consiguiente el pensar que un rey de Francia, un papa, cardenales, prelados, doctores, jueces eclesiásticos y seculares, no habian de haberse concertado para abolir una orden, que no merecia ser destruida, y para castigar con el último suplicio á unos inocentes, solo por satisfacer la venganza y la codicia de un hombre? Supongamos que toda la orden de los templarios no fuese un cuerpo de apóstatas y de impios; que un crecido número de ellos no se hubiesen manchado con las infamias que se habian atribuido á los antiguos gnósticos y á los maniqueos modernos; que entre los hechos de que se les culpó, haya habido muchos absurdos dudosos y aun falsos